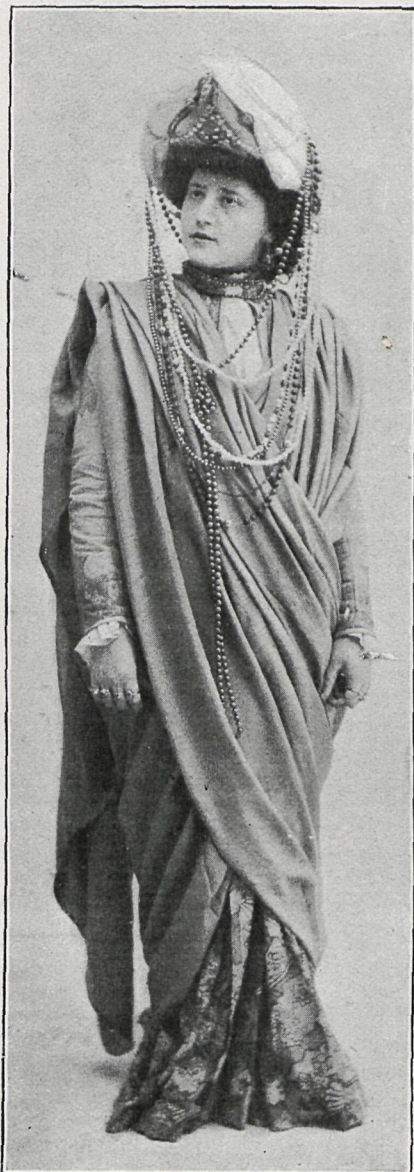


## EL TEATRO



KORIA, Srta. Oria

loa, lo sería, indudablemente, porque da al poeta la flexibilidad de espíritu necesaria para lograr lo que sólo los genios del teatro lograron: que cada acción y cada personaje tenga su ambiente propio y resulten con más verdad, trasunto de la vida real los episodios á que da vida escénica.

Sin esa prodigiosa aptitud de Benavente, la última obra que de él hemos visto estrenar hubiese resultado un fracaso: la empresa acometida era, en efecto, grande, digna de la inspiración shakespeariana, y era indispensable un espíritu muy amplio para lograr su completa realización.

*El dragón de fuego* es una obra enteramente fuera de los cauces porque corre el gusto de los dra-

tante fuerte para permitirle morar con igual exuberancia de vida en cualquier clima en que abunda la dramaturgia contemporánea.

Jacinto Benavente ha escrito obras de todos los géneros y con arreglo á cánones de todas las escuelas y en algunas de sus producciones, en *La noche del sábado*, ha hecho gala de esa facilidad de adaptación forjando cada acto en distinto crisol y haciendo para cada episodio un arte distinto como si en tal obra hubiesen colaborado diversos autores.

Esta compleja variedad de la dramaturgia de Benavente refleja, indudablemente, el temperamento artístico del autor ecléctico amador de la belleza que quiere buscarla por todos los caminos, y si por eso sólo no fuese ya digna de



EL PRÍNCIPE DURANI, Sr. Calvo  
Fots. Gombau



SITA, Srta. Colorado

matargos contemporáneos, á lo menos de los españoles, no tiene la menor relación con el mezquino pero eterno drama del *menage á trois*: honda de pensamiento y más honda aún de intención, plantea en la escena problemas humanos y sociales de los más arduos; problemas que eran hasta ahora del dominio exclusivo de la más elevada filosofía y que Benavente ha llevado á la escena con valentía digna de un dramaturgo de primer orden.

Sea ó no Silandia discreto disfraz de «la pérfida Albión», tenga ó no el Nirvan otro nombre más conocido en la historia contemporánea, sea ó no *El dragón de fuego* lo que los franceses llaman *roman à clef*, lo indudable es

que en esa obra se plantea el problema de la colonización en todo su amplio y se pintan al vivo como promesas necesarias para estudiarle y resolverle, las arterias que los grandes pueblos de Europa, en general, y alguno de ellos más singularmente, emplean para extender su soberanía y aumentar los territorios sometidos á ella.

Para lograr ese resultado, Benavente finge en su drama un país imaginario, el *Nirvan*; en él tienen puestas sus codiciosas miradas varias naciones europeas, Franconia y Silandia, singularmente. Entre ellas celosas unas de otras se ha concertado, tácita, ó expresamente, un *modus*



*vivendi* y por virtud de él reina aún Dani Sar, á quien para tranquilidad de Franconia se obligó á casarse con Manni, fanática india hija de un sacerdote de la tribu bajo el protectorado de Silandia.

Esta tiene allí tropas, misioneros y comerciantes, las tres fuerzas colonizadoras que trabajan en una obra común: la de destruir el poder de Dani-Sar para justificar así una intervención aún más directa y activa de Silandia en los asuntos nirvaneses. Para ello explotan diestramente el fanatismo de los naturales del país á los que, por mediación de sus sacerdotes reviamente comprados, excitan para que



MAD. ESTEVENS, Srta. Sánchez, EN EL PRIMER ACTO



MAD. ESTEVENS, Srta. Sánchez, EN EL SEGUNDO ACTO

THANSÍ, Sr. Juste, EN EL PRIMER ACTO

Fot. Gombau

se revelen contra Silandia dando así á ésta ocasión propicia para intervenir, imponerse por la fuerza y colocar en el trono al príncipe Durani, hechura de Silandia enteramente, afecto á ella y hermano de Dani-Sar.

Pero la guerra civil con que los silandeses sueñan no puede surgir por desavenencia sentre los dos hermanos que se aman tiernamente, son porigual generosos y amantes del progreso y no se convierten en enemigos ni siquiera cuando la fanática Manni pone entre ellos una mujer á la que ambos aman con exaltado amor.

La perfidia y la traición pueden, sin embargo, más que la bondad y el cariño; Silandia y sus cómplices logran exaltar aún más el fanatismo de Manni y Manni logra arteramente separar á los dos hermanos y hacer pensar á cada uno de ellos que es

fanatismo y hace que los sacerdotes de su religión mutilen al desventurado Durani para lograr con ello que, según su ley, quede incapacitado para reinar.

Aquella catástrofe modifica los planes de Silandia, y los silandeses llevan á su metrópoli á Dani-Sar prisionero para hacerle responsable de lo ocurrido y fingirse después sus amigos entrañables á cambio de un tratado de paz y amistad del que, naturalmente, sólo resultan ventajas para Silandia.

Ya en la metrópoli, Dani-Sar, agobiado por tan terribles desdichas, conoce, no obstante el cariño que le fingen, la perfidia de los silandeses y quiere tomar venganza de ellos muriendo allí para que su muerte sea tenida por un crimen y tomada como pretexto por las demás naciones para oponerse á la acción de Si-



MR. MORIS, Sr. Cirera



EL CORONEL STEVENS, señor  
Soriano Biosca  
Fot. Gombau

odiado por el otro. Al mismo tiempo se prepara la rebelión contra los silandeses, y la rebelión estalla y da ocasión á las medidas represoras oportuna-

landia en el Nirvan; pero hasta en ese momento le vence la traición de los suyos y unas hierbas misteriosas administradas por Nagpur, uno

de los sacerdotes traidores, le dan fuerzas y anhelo para volver á su patria librando así á Silandia del estigma que sobre ella quiso lanzar.

Como se vé, la amplitud del asunto es mucha; pero aún lo es más la de su desarrollo. Benavente



EL PASTOR EVANGÉLICO, Sr. Carsi

tunamente reparadas con ocasión de una cacería en el bosque sagrado á que Dani-Sar invita á sus protectores.

Pero Silandia no puede realizar por completo su plan; Manni se deja llevar demasiado lejos por su





SRTA. CONCEPCIÓN VILLAR, DEL TEATRO ESPAÑOL, EN «EL DRAGÓN DE FUEGO»  
Fot. Gombau



TERCER ACTO.—DANI-SAR, Sr. Mendoza.—EL PRÍNCIPE, Sr. Calvo.—SITA, Srta. Colorado.—MAMNI, Sra. Guerrero.—NADI, Srta. Villar  
KORA, Srta. Oria.—NAGPUR, Sr. Palanca.—DAULÁ, Sr. Rivero.—THANSÍ, Sr. Juste Fot. Campúa



MAD. FRANCIS, Srta. Villar (D.)



NADÍ, Srta. Villar (C.)

Fot. Gombau

ha puesto un cuidado exquisito en poner la obra en el ambiente propio de los personajes que en ella intervienen; ha hecho para ello cuadros variadísimos y muy exactamente estudiados de la vida oriental, y si ha logrado con ellos llevar al teatro la vida entera de un pueblo ha sido á costa de una labor impropia que, justo es decirlo, no fué por el público debidamente apreciada. El éxito de *El dragón de fuego* debió ser excelente y no fué tanto ni mucho menos.

Causas de que el éxito de *El dragón* no fuese tan bueno como la obra merecía fueron, indudablemente, el exceso de visualidad y la amplitud excesiva, también, del asunto: allí se veían demasiadas cosas y muchas de ellas no interesaban al público, poco preparado, aún á pesar de todo, para ese género de arte que quería hacer del teatro la vida misma procediendo, no por crisis violentas, sino por sucesiones continuadas de hechos consecutivos, capaces, por serlo, de producir más honda impresión en los espíritus reflexivos.

Jacinto Benavente, dentro de los más puros cánones del modernismo teatral, se ha preocupado mucho de pintar el medio ambiente en que la acción por él imaginada había de desarrollarse y en este sentido su labor es meritísima, porque por estar magistralmente realizada supone un estudio muy concienzudo y detenido de los países orientales. Benavente, para realizar su pensamiento, necesitaba llevar á la escena el alma india, y eso sólo podía hacerlo mostrando al público momentos varios y distintos de la vida de aquellos pueblos que, en su intimidad al menos, no estaba el público obligado á conocer.

Pero esa multiplicidad de cuadros resulta contraproducente. La generalidad del público no se penetró del asunto del drama hasta después de vistos los últimos cuadros, y esto, naturalmente, le hizo estar desorientado durante casi toda la representación. Acostumbrado á los mezquinos horizontes de la dramaturgia al uso que encierra la vida entre las cuatro paredes de un «gabinete de-

centemente amueblado», con vistas á una alcoba, sin puerta falsa, se perdía en aquellos amplios salones medianamente europeizados del palacio de Danisár, en aquellas amplias terrazas y más aún en la espesura frondosísima del bosque sagrado.

El asunto de la obra resultaba así mismo demasiado amplio para lo que en estos tiempos de pequeñez teatral se estilaba y esa amplitud fué causa indudablemente de que todos aquellos terribles sucesos que ante la vista del público iban desarrollándose no le impresionaran tan hondamente como para el mejor éxito de la producción escénica hubiera sido de desear.

Desgraciadamente, nuestro público tiene aún que perder muchas cosas que en punto á estética teatral le ha hecho adquirir una orientación viciosa de nuestros dramaturgos, pero, por fortuna, Benavente, y con él y como él otros autores ilustres, van señalando ya el buen camino, todo consiste ahora en saber caminar recta y decididamente por él.

\* \* \*

No hay espacio aquí para hablar detalladamente de la interpretación que de la compañía del Español logró *El dragón de fuego*; pero no sería lícito hablar de esa obra sin consignar un aplauso sincero y caluroso para Fernando Díaz de Mendoza, como empresario y como director de escena, por la esplendidez y el buen gusto con que la puso en escena.

Sin reparar en gastos de que difícilmente podrá resarcirse, dado su plan de trabajo, aún siendo excelente el éxito de la obra, hizo el empresario del Español pintar numerosas decoraciones, construir multitud de muebles y confeccionar un centenar de trajes, algunos de ellos de inusitada riqueza, y con tales elementos presentó la obra, no ya dignamente sino con un exceso de lujo y una tan acertada propiedad, que difícilmente podrían ser citados ni aquí ni fuera de aquí ejemplos semejantes.

Aun cuando solo sea por esto, merece los más entusiastas elogios el director del Teatro Español.

ALEJANDRO MIQUIS.



KORA, Srta. Oria

Fot. Gombau